

Aretes

TEXTO: ANA GARCÍA BERGUA

Crecí en una familia en la que los aretes no eran cosa tan necesaria e incluso se pensaba que sin ellos se podía ser elegante. Craso error. Más tarde, conforme me hice mayor y conocí el mundo, me di cuenta de que en este país una mujer puede salir a la calle en pantuflas y brasier, pero jamás sin sus aretes. Desde que yo misma fui a que me desvirgaran los lóbulos de las orejas con una especie de engrapadora, entré en este túnel, en este redil que a lo largo de los años se convierte en una curiosa dependencia. Sin aretes una se siente como desnuda; son el principio de lo que llaman arreglarse, idea que parte del hecho de que una amanece cada vez más descompuesta, lo cual es bastante cierto, por otra parte. Yo he llegado a sentir que sin la seguridad de su apretón, de su pellizco infantil, sin la sensación de quedar enmarcada por dos cosas leves que cuelgan o se ciñen o se agitan o cascabelean, una es como un idolito sin forma, una piedra apenas esculpida. Ya sean de oro y plata, o unas esferas minúsculas de un metal engañoso, un cristalito de color, un chalchihuite, unas plumas teñidas, los aretes nos sostienen; son como esas argollas donde se amarra la cuerda de los barcos.

Entre amigas, admiramos los aretes que trae puestos la otra, los tomamos con cuidado entre los dedos para verlos mejor, los chuleamos, evocamos unos que teníamos, parecidos. Es un gesto curioso, más de mujeres, aunque algunos hombres lo hacen también; un halago minimalista, un asunto de cercanía. Aunque ciertamente esto de los aretes puede convertirse en una dependencia peligrosa, sobre todo cuando el tamaño de los aretes no parece suficiente y se exagera: corremos el riesgo de parecer un arete con dos caras a los lados. Eso sí, muy bonitas.

Y sin embargo, los míos tienden a escaparse, igual que hacen los calcetines. Será por descuido o por atolondramiento, pero la cosa es que, tarde o temprano,

uno de los dos aretes, si me encariño con ellos y los uso demasiado, desaparece (por eso los que de verdad adoro los uso en ocasiones señaladas y no dejo de vigilarlos; inclino el rostro para sentirlos como si fueran el hombro de un amigo). Tengo una cajita llena de aretes huérfanos: uno de plata, con forma de ojito y una piedra café al centro, todavía me mira cuando la abro, preguntando por su hermano perdido; un cuadrado de lapislázuli -mi piedra predilecta- me da la espalda, de aquellos de color violeta tan bonitos queda uno solo, cuya pinza parece una interrogación. Y cada uno de ellos me recuerda las épocas alegres en las que andaba yo como abrazada por dos galanes. En su momento los busqué: miré con atención inusitada las rendijas, apreté motas de polvo que brillaban para engañarme, anduve una y otra vez sobre mis pasos, interrogando a las baldosas, a las grietas de las aceras, a los charcos, a los perros que ven pasar a la gente en medio de sus ensoñaciones al sol, a las alfombras de los coches que tienen fama de ladronas. Cada vez tuve que aceptar que mis aretes habían ido a parar al mundo paralelo de las cosas que se caen; quizá alguna persona de las que viven de cabeza y en otra dimensión los trae puestos y se pregunta por el par.

Lo que no termino de entender es por qué, de todas las cosas que vienen por pares, una termina por desaparecer en otra dimensión. No lo sabemos, pero quizá en el más allá nos esperan nuestros aretes perdidos, muchos calcetines solos, algunos broches para el pelo y, quién quita, en una de esas hasta nos encontramos con los amores desaparecidos. •

ANA GARCÍA BERGUA

Ciudad de México, 1960. Escritora. Sus novelas más recientes son: *Rosas negras* (Plaza y Janés) e *Isla de bobos* (Planeta/Seix Barral).